

del mar por buques mahometanos de la costa africana. Este ataque fué el mayor y al propio tiempo el último esfuerzo que hicieron, pues habiéndose frustrado su intento porque los valientes habitantes griegos los derrotaron completamente, y las tropas imperiales los persiguieron hasta el interior de Mesenia, se sometieron desde entonces en todas partes, y las misiones cristianas, y el establecimiento de colonos griegos enérgica y consecuentemente sostenidos por el gobierno, acabaron por domesticarlos en el territorio que ocupaban.

Contra los búlgaros no fué tan feliz Nicéforo. A pesar de toda la solicitud y energía que desplegó en la defensa de las fronteras del Norte, el feroz Khan Crum penetró en el año de 809 con sus búlgaros en el territorio bizantino llevándolo todo á sangre y fuego y se apoderó hasta de la plaza importante de Sárdis en la Tracia. Indignado Nicéforo y decidido á aniquilar á los bárbaros en su propio país, reunió todos los recursos que pudo; pero la campaña que emprendió con fuerzas numerosas, tuvo un fin aciago. Al principio operó el emperador con tanta suerte en el territorio búlgaro, que el khan Crum le ofreció condiciones ventajosas para hacer la paz; pero Nicéforo, exigió la sumisión completa. El khan entonces, se supone que con inteligencias en el campamento griego, dió un ataque nocturno el 25 y 26 de julio de 811, en el cual destrozó al ejército bizantino completamente. El emperador y muchos oficiales de su estado mayor murieron en la pelea; el vencedor dejó la cabeza del primero muchos días clavada en una pica, y despues hizo limpiarla y montar el cráneo en plata, sirviéndole de copa en los banquetes que celebraba con sus grandes. La consecuencia mas triste de esta victoria fué que durante seis años las hordas búlgaras devastaron horriblemente las provincias bizantinas hasta cerca de las murallas de la capital.

Gravemente herido había escapado vivo de la matanza Estauracio, el hijo de Nicéforo; y llegado que hubo á Constantinopla fué proclamado emperador, pero los enemigos que su padre se había creado entre la gente poderosa con sus impuestos, consiguieron que el joven emperador dimitiese á los dos meses, el 2 de octubre de 811, y que ocupara su puesto su cuñado, el inspector de los palacios imperiales, Miguel I Rangabé. Este hombre sin talento y juguete del clero, anuló los decretos que á este último molestaban, lo colmó liberalísimamente de donativos, así como á los conventos y establecimientos monacales de beneficencia; y dejándose gobernar enteramente por el fanático abad Teodoro Estudita, oprimió á los iconoclastas y persiguió necia y cruelmente á los paulicianos en Tracia y en Asia. En cambio nada absolutamente hizo para oponer una valla á los búlgaros, que asolaron á sus anchas y con la ferocidad de costumbre la Tracia, y con el auxilio de un ingeniero, árabe convertido, que había pasado del ejército bizantino al servicio del khan, conquistaron muchas ciudades como Develtos, Beroé, Anquialos y finalmente la importantísima plaza de Mesembria donde Crum encontró hasta un depósito de fuego griego.

Las negociaciones de paz entabladas, se estrellaron contra la honrosa negativa del emperador á entregar al sanguinario khan los desiertos búlgaros. Continuando pues la guerra devastadora, los bizantinos en 22 de junio de 813, perdieron la gran batalla de Bersinicia, en el país de Adrianópolis, por la mala dirección del emperador, y cuando este se hubo retirado solo á la capital, pronunció el ejército abandonado, y proclamó emperador al armenio Leon, uno de sus oficiales mas distinguidos, jefe de las fuerzas del distrito de Anatolicon, compuesto de cantones frigios, licaonios y capadocios. Leon inmediatamente tomó el mando en jefe, marchó á la capital y obligó á Miguel I á addicar en 11 de

julio de 813. Pocos dias despues atacó Crum á Constantinopla, cuyos habitantes vieron con horror cómo el khan de los búlgaros, cuyas huestes cubrían la llanura desde las Blaquernas hasta la Puerta de Oro, inmolaba en el arrabal de San Mamés, donde se había alojado, hombres y niños griegos en honor de sus divinidades.

El emperador quiso hacer matar alevosamente al khan en una entrevista, pero el jefe bárbaro habiendo salido ileso de la celada, vengóse en su retirada á su país devastando horrosamente á sangre y fuego todo lo que encontró á su paso, apoderándose hasta de Adrianópolis, y llevándose un botín incalculable con innumerables esclavos. Entre estos se halló un muchacho hijo de labradores eslavos, que posteriormente fué el emperador Basilio. Mientras el gobierno trabajaba activamente para poner nuevas tropas en campaña, murió el feroz Crum el 13 de abril de 814. Su sucesor no pudo impedir que muchos de los suyos empezasen á inclinarse al cristianismo y al imperio, á consecuencia de las predicaciones del obispo de Adrianópolis, á quien se habían llevado prisionero. Cuando dos años despues, á principios de 817, Leon V destrozó completamente cerca de Mesembria á las huestes búlgaras acaudilladas por el nuevo khan Mortagon, y penetró persiguiendo á sus fugitivos restos hasta su propio territorio, pudo obligarles al fin á una paz de treinta años.

Para el emperador Leon V sin embargo no hubo paz, porque durante su reinado volvió á encenderse de nuevo la funesta cuestion del culto de las imágenes. Los monjes, partidarios fanáticos de este culto, acaudillados por Teodoro Estudita, defensor enérgico de la independencia de la Iglesia respecto del poder civil, trabajaban sin descanso para fomentar este culto y propagar todas las supersticiones poéticas é interesadas, relacionadas con las imágenes, mientras los del partido contrario, los iconoclastas, alegaban en favor de su creencia contraria la decadencia del imperio desde el reinado de Irene, y la prosperidad y lustre en los reinados de los tres emperadores iconoclastas de la dinastía isauria, prueba evidente, segun ellos, de que el cielo mismo estaba contra los iconódulos. Personalmente el emperador Leon V era iconoclasta; pero tambien y ante todo era amigo de la tolerancia. Sin embargo, tanto le apremiaron el ejército, decididamente enemigo del culto de las imágenes, y muchos eclesiásticos de elevada categoría é ilustre cuna, entre otros el doctísimo abad Juan Hililas llamado el gramático, y Teodoto Casiteras Meliseno, no menos docto y alto funcionario de la corte, todos del partido iconoclasta, que hubo de ceder y tomar una parte activa en la nueva lucha. Quiso llevar la cuestion al terreno puramente científico, pero apenas se inició en este terreno, cuando los iconódulos de la capital, acaudillados por el patriarca Nicéforo, el abad Teodoro y los monjes, se presentaron tan amenazadores en la lid, que excitaron á sus contrarios á adoptar por su parte disposiciones enérgicas, con las cuales evitaron felizmente que la cuestion tomara un rumbo peligroso. Reunióse un sínodo local, que destituyó en el mes de abril de 815 al fanático patriarca Nicéforo y nombró en su lugar al hábil político Teodoto Meliseno. Este convocó y presidió un nuevo concilio, el cual restableció las resoluciones de Hieron, y anatematizó, segun la costumbre de estas asambleas, á los contrarios, esta vez á Tarasio, Nicéforo y todos los iconódulos en general, los cuales con pocas excepciones se conformaron bien ó mal con el nuevo estado de cosas. El emperador contribuyó mucho con su prudencia á que no se enconaran las pasiones como en tiempo de Constantino V Coprónimo, porque salvo en casos de resistencia abierta, no acudió á la aplicación de la dura ley, contentándose con desterrar á los fanáticos mas peligrosos como Teodoro Estudita á quien envió al Asia Menor. En cambio

procuró, valiéndose de la enseñanza oficial y pública, difundir en la generacion nueva la teoría iconoclasta.

Toda la prudencia y todo el talento de gobierno reconocidos de este emperador no pudieron sin embargo preservarle de ser víctima de una nueva revolucion palaciega. En Constantinopla, como había sucedido en el siglo III en Roma, se había poderado de las clases elevadas un espíritu revolucionario versátil que encontraba gusto y ventajas materiales en el frecuente cambio de los soberanos para cuyo puesto nunca faltaban pretendientes ambiciosos y audaces. Así fué que de nada valió á Leon V su carácter activo, incansable y recto, ni el restablecimiento de la disciplina en el ejército, ni su energía en la buena administracion de la justicia y demás ramos del gobierno. Los iconódulos y otros descontentos de la corte formaron una conspiracion á cuya cabeza se puso un general, antes gran amigo de Leon, llamado Miguel y natural de Amoria, hombre ambicioso é intrigante. Descubierta la conspiracion y confeso el jefe, fué condenado á muerte, pero á ruegos de la emperatriz se aplazó la ejecucion porque era la vigilia de Navidad. Este aplazamiento perdió al emperador. Un grupo de conjurados, amigos del preso, se introdujeron en el palacio y en la capilla disfrazados de cantores, y asesinaron al emperador que asistía á la misa en la madrugada del día de Navidad del año 820. Inmediatamente se sacó á Miguel de su calabozo en el mismo palacio, y cargado aun de cadenas fué proclamado emperador, segundo de su nombre, con el apodo de *el Tartamudo*, porque lo era.

El imperio no sacó ningun beneficio de este cambio, aunque Miguel II, de muy baja estirpe, y mero soldado de fortuna sin instruccion, siguió una política prudente y conciliadora en la cuestion eclesiástica candente; cosa fácil para él que la miraba como escéptico. Levantó el destierro de Nicéforo y Estudita, jefes del partido iconódulo, pero al mismo tiempo confirmó las leyes contra el culto de las imágenes, bien que prometiendo á todas las opiniones tolerancia é igualdad en cuanto no pasaran á vias de hecho. Conforme á este espíritu hizo cesar todas las persecuciones y vejaciones por motivos de religion, y cuando no se alteraba el orden público, dejó hasta poner en sus puestos las imágenes aparentando no verlo. Por otra parte conservó tambien, siguiendo el espíritu de su predecesor, el orden mas estricto en el ejército, en la administracion civil y en la de justicia; pero no pudo impedir que otro ambicioso imitase su ejemplo y conspirara para reemplazarle en el trono, encendiendo con este motivo una guerra civil peligrosísima.

El nuevo pretendiente fué el general Tomás, de origen eslavo y vulgar. Levantóse contra el gobierno en el año 822 en la frontera asiática; y con el auxilio de los árabes y otros orientales, encendió una guerra, que mas que ninguna de las revoluciones anteriores, llevó al imperio al borde de su ruina. En un instante quedó Tomás dueño de toda el Asia Menor; y declarándose defensor del principio iconódulo dirigióse con sus fuerzas á Constantinopla con una parte de la escuadra bizantina estacionada en el Mar Egeo. Despues de repetidas pérdidas reforzóse con 350 buques, ya de guerra, ya mercantes, que armó y sacó de los diferentes puertos griegos; pero la buena artillería de la capital destrozó tambien esta escuadra en 823, y sus fuerzas terrestres no fueron mas felices tampoco, porque se vieron amenazadas y atacadas por retaguardia por el khan búlgaro Mortagon que había acudido al auxilio del emperador Miguel II. Derrotado Tomás por este lado, encerróse en la plaza de Arcadiópolis que fué inmediatamente cercada por las tropas imperiales, hasta que á los cinco meses de sitio fué entregado Tomás por su propia gente al vencedor en 824. Miguel II, contra su costum-

bre, hizo dar una muerte refinadamente cruel al rebelde.

Otra vez había resistido el imperio á esta nueva guerra civil, gracias á su organizacion firmísima y á su fuerza cohesiva, pero no sin graves daños y peores consecuencias. Las provincias del Asia Menor habían sufrido mucho, y todo el imperio quedó tan debilitado, que los árabes pudieron bloquear casi permanentemente todas las costas del imperio y posesionarse de las islas de Creta y Sicilia, despues de haberse establecido ya mucho antes en las Baleares y en la de Cerdeña.

Estos árabes ya no eran los del califa de Bagdad, sino procedentes de España y del Norte de Africa.

Muerto el célebre califa Harun-al Raschid, dejó de ser su imperio temible para los bizantinos por mucho tiempo, ya por las guerras civiles que lo destrozaron en tiempo de sus sucesores, ya porque el espíritu guerrero de los árabes fué perdiendo su carácter fervoroso. Formáronse entonces dos imperios mahometanos independientes del califato, uno en España y otro en el Norte de Africa; el primero por el bizarro omniada Abderraman que se había librado del exterminio de su raza cuando fué destronada é inmolada por el feroz Abas, fundador de la dinastía sanguinaria de los abasidas. Desde la ribera del Eufrates había llegado Abderraman fugitivo al país de los berberiscos en Africa, y de allí pasó á España donde fundó en 755 el reino de Córdoba. En Marruecos reinaba la dinastía edrisita; y á principios del siglo IX los aglabitas, conducidos por el hijo de Ibrahim Aglab que murió en 812, fundaron otro imperio independiente en Túnez y Cairvan. Estos fueron los que pusieron en grave apuro al emperador Miguel II atacando y devastando las costas, y apoderándose de las mejores islas del imperio bizantino.

A principios del siglo IX había ocurrido una revolucion en Córdoba; pero el califa reinante Hakem quedó vencedor. Los rebeldes, acaudillados por Abu-Hafs-Omar-Ibn Choeib-Ibn-al-Galit, natural de una aldea cerca de Córdoba, abandonaron el país y se dedicaron á la piratería, siendo su bandera blanca muy pronto el terror de todas las islas y costas del Mediterráneo, hasta que consiguieron en 814 y 815 fijarse en Egipto, donde se apoderaron en 818 de la ciudad y puerto de Alejandría. Desde entonces fueron ya un peligro gravísimo y permanente para el imperio bizantino; y cuando el pretendiente Tomás reunió todas las fuerzas marítimas para apoderarse de Constantinopla en 823, aprovecharon aquellos piratas andaluces el estado indefenso del Mar Egeo para asolar y saquear la floreciente isla de Creta. Entonces El-Mamun, califa de Bagdad, que reinó desde 817 hasta 833, resolvió atacar á los intrusos por el lado de tierra y expulsarlos del Egipto y lo consiguió con gran daño de la isla de Creta. Sobre esta isla arrojó Abu-Hafs-Omar en los años 825 y 826 toda su hueste, la cual en poquísimos tiempo se enseñoreó de toda esta perla del archipiélago griego, menos un distrito, probablemente el de los que despues se llamaron *esfaliotas*, y de la isla vecina llamada Dia. Como desde el año 825 se había hecho imposible para los moros andaluces sostenerse en el valle del Nilo, el astuto corsario quiso fundar en Creta un nuevo reino independiente. Para asegurar mejor su dominio prometió á los habitantes cristianos de la isla libertad de culto, y construyó en la proximidad del promontorio Charax una nueva capital y plaza fuerte que llamó Chandac, que quiere decir baluarte ó castillo, nombre que en el período de la dominacion de los venecianos se convirtió en *Candia* y designó toda la isla. Pronto acudieron á ella otros mahometanos de España, Egipto y Siria, aumentando las fuerzas del conquistador, que no tardaron en hacerse terribles á las islas y distritos marítimos griegos, tanto que todas las costas del imperio estuvieron en estado de bloqueo hasta mediados del siglo X.

Viendo los bizantinos la ineficacia de sus tentativas para reconquistar la isla, aplicaron toda su energía á levantar y aumentar su decaída marina, y con esto el heróico almirante Orifás, el primer marino de su tiempo, pudo proteger las demás islas griegas, todavía en el reinado de Miguel II, contra los piratas poderosos. No pudo sin embargo hacer mas, porque á las expediciones de los moros de Creta se juntaron, á contar desde el año 827, las de los sultanes aglabitas de Túnez que tomaron por blanco de sus rapiñas la Sicilia y la Italia meridional. Ya antes de ellos otros corsarios africanos habian causado grandísimas pérdidas al imperio con expediciones á las costas é islas que poseía todavía en la parte occidental del Mediterráneo. Así debió de caer en poder de los moros, en tiempo de las revoluciones que pusieron á Leon III en el trono, la isla de Cerdeña, y así cayeron tambien en manos de los musulmanes las islas Baleares á fines del siglo VIII, sin que se hayan conservado datos positivos respecto de cómo y cuándo se perdieron estas islas.

Facilitó la conquista de Sicilia á los moros de Túnez un militar bizantino de alta graduacion, llamado Eufemio, que por agravios personales recibidos del gobierno de Constantinopla, se sublevó en Siracusa.

En la refriega murió el gobernador general de esta plaza importante, el patricio Gregoras; y viendo Eufemio su causa muy comprometida con la próxima llegada del nuevo gobernador Foteino, se pasó con sus partidarios á los árabes y solicitó el auxilio del sultan de Cairvan y Túnez, el aglabita Ziadec-Allah. Este sultan envió muy solicitado fuerzas á las órdenes de Ased-Ibn-Forats, que desembarcaron en Mazara en el mes de junio de 827, y derrotaron á Foteino cerca de Platana, obligándole á retirarse hasta Enna. Entonces se apoderaron los moros de Girgenti, y cuando les llegó una escuadra de sus hermanos de España que les aseguró la comunicacion con Africa y les dió la superioridad material en el mar, pudieron establecer y asegurar su dominio en la isla.

Esta fué la herencia fatal que el emperador Miguel II dejó á su hijo Teófilo que le sucedió en el trono en octubre de 829. Teófilo fué uno de los hombres mas notables del imperio, y su reinado es de los mas interesantes de la historia bizantina. Dotado este emperador de gran talento, habia recibido una educacion envidiable, dirigida por el célebre sabio Juan Hililas de la familia de los Maurocorzanes, conocido en las letras por el Gramático, uno de los varones mas doctos de su época, gran estadista y valioso y fiel consejero del padre de su discípulo, Miguel II. Teófilo, dirigido por tan sabio maestro, estudió con igual provecho la jurisprudencia y la teología; mostró tambien gran aptitud para la milicia, y como emperador fué protector decidido y constante de las artes; pero era severo, rígido y duro hasta el exceso, pareciéndose en esto mucho á Valentiniano I, el mas eminente y el mas temido de los emperadores romanos y superior á Teófilo por su tolerancia religiosa. Ambos eran justicieros hasta la crueldad, aun tratándose de delitos de poca importancia; solo que la dureza de Teófilo tenia un matiz de absolutismo oriental, como lo prueban la prision y ejecucion de los que habian asesinado á Leon V en la noche de Navidad en la capilla de palacio, á pesar de que con este crimen alevoso habian salvado la vida á su padre y le habian elevado al trono. Esta rigidez de principios, que aplicó á su propia persona y familia sin consideracion alguna, fué un freno terrible á la corrupcion, á los fraudes, arbitrariedades, extralimitaciones de los poderosos y de todos los funcionarios públicos cuya gestion vigiló con igual cuidado y severidad, alcanzando muy pronto al pueblo agradecido los efectos benéficos de este régimen.

Teófilo era personalmente enemigo declarado del culto de

las imágenes; y contra la opinion de la mayoría del pueblo bizantino volvió á encender la antigua lucha. Ya antes de subir al trono habia mostrado un celo peligroso en este asunto con gran disgusto de su prudente padre, el cual desde 824 mejorando sus relaciones con la corte de los francos y con la sede romana habia procurado diplomáticamente quitar todo apoyo exterior y dejar aislados á los iconódulos. Despues, cuando Teófilo sucedió á Miguel II, aunque no renunció del todo á los principios tolerantes y prácticos de su padre, volvió á enardecer los ánimos ya casi completamente sosegados y renovó la contienda de los partidos. En 832 publicó un edicto restableciendo la prohibicion absoluta del culto de las imágenes, y mandando suprimir y borrar el calificativo de *San* delante de los nombres de los santos de la Iglesia de Oriente. La ejecucion de este decreto no dejó de originar, si no una verdadera y general persecucion, á lo menos resistencias y conflictos entre los iconódulos y los agentes de la autoridad, y disgustos entre el emperador y los monjes fieles al culto prohibido, conflictos que llevaron al emperador á adoptar en muchos casos medidas represivas muy duras y hasta crueles.

Para la tranquilidad interior del imperio fué fortuna que Teófilo se dejase guiar por los consejos prudentes y moderados de su anciano ayo, que fué patriarca desde 832 hasta 842 y aunque personalmente enemigo del culto de las imágenes, observó una conducta muy tolerante; y fué tambien una feliz circunstancia que la emperatriz Teodora, esposa de Teófilo y en su interior partidaria del culto prohibido, tuviera en su marido bastante influjo para conseguir no pocas rebajas de penas, especialmente de destierros.

Mientras duraba esta lucha en el interior, las tropas bizantinas peleaban con los enemigos exteriores. La guerra en Sicilia seguía ardiendo; los moros tunecinos se apoderaron en 831 de Mesina, en 832 de Palermo y en 836 hicieron una campaña en el centro de la isla para tomar á Enna; pero fueron rechazados y los bizantinos les quitaron otra vez á Mesina. Acaso los hubieran expulsado completamente de la isla, si el emperador Teófilo no se hubiese visto precisado á destinar tambien imponentes fuerzas al Asia contra los califas de Bagdad. Estos, despues de los búlgaros, que escarmentados á la sazón, no se movian, constituian el peligro capital para el imperio, y su actitud determinaba la de los emperadores de Constantinopla. Con el imperio franco del Occidente y hasta con el reino de Córdoba mantenía la corte de Constantinopla relaciones amistosas. Tambien las conservaba con los cazares establecidos á orillas del Mar Negro, porque todo el comercio bizantino con los pueblos del Nordeste pasaba por su territorio. Así cuando en 833 amenazaron á este país los pechenegos, rama de la raza turca, cuyos individuos eran muy temidos por ser excelentes arqueros, el emperador Teófilo envió á su cuñado Petronas Camateros al Quersoneso con el encargo de construir á orillas del Don, en el distrito de Bielaveja cerca de Cherkask, una fortaleza llamada Sarcel, para que sirviese de defensa contra los invasores y de emporio del comercio bizantino con los países del Norte. De este modo quedó durante algun tiempo conjurado el peligro por aquel lado.

En cambio estalló en 831 una guerra terrible y larga entre el imperio bizantino y el califa de Bagdad El-Mamun, porque Teófilo habia admitido en sus Estados á millares de cristianos, principalmente persas, súbditos del califa, que habian abandonado sus dominios para librarse de los horrores de las guerras civiles interminables que assolaban los territorios mahometanos. Estos fugitivos fueron acantonados en el distrito de Sínope bajo la direccion de Teófobo, marido de la hermana del emperador Elena, natural del Corasan y descendiente de la estirpe real de los sasánidas.

Hasta la muerte de El-Mamun, que ocurrió el 7 de agosto de 833, continuó la guerra con suerte varia y sin gran energía por ningun lado; pero cuando El-Motasem, hermano y sucesor de El-Mamun, que reinó desde 833 hasta 842, se halló ocupado en el interior con sublevaciones y otros desórdenes, Teófilo, que tenia á su lado excelentes generales como el persa Teófobo y Manuel, aprovechó la ocasion para dar gran impulso á sus operaciones contra el califato. Al principio logró devastar el distrito de Comagena, en el curso medio del Eufrates, y arrasar las ciudades de Samosata y Zapetra donde habia nacido el califa. El-Motasem; pero se apresuró demasiado á celebrar su triunfo con una entrada pomposa en Constantinopla, paseando por el hipódromo entre los gritos de júbilo del pueblo en un carro tirado por cuatro caballos blancos enjaezados con los colores del partido azul. Furioso El-Motasem de la derrota y de los excesos de los bizantinos, puso sobre las armas cuantos hombres pudo reunir, engancharo para esta campaña de venganza gran número de turcos. Estos nuevos soldados eran ya de otra rama distinta de los del tiempo de Justino II, porque el antiguo reino del Tukin que los de aquel tiempo habian creado, cesó de existir á mediados del siglo VIII, y en la segunda mitad de aquel siglo, otra tribu numerosa de la misma raza pasó del Oriente al Occidente del Asia. Esta rama turca se llamada *hoehhe* y fué el tronco del cual salieron sucesivamente los oghusos, los seldyucos y los osmanes. Estos hoehhes, que en el siglo VIII se designaron tambien con el nombre de uiguros por haber sometido á este pueblo y haberse asimilado con él, ocupaban antes en Asia el territorio que se extiende al Norte del desierto de Gobi, desde la cuenca del Selenga hasta las orillas del lago de Baikal y del rio Yenisei. Allí vivian los uiguros, los cuales habian recibido de los chinos su religion, que era la budista, y su civilizacion; y sometidos que fueron, las comunicaron hasta cierto grado á sus conquistadores, al mismo tiempo que el idioma y la escritura, cosa tanto mas fácil cuanto que ambos pueblos eran ramas de una misma raza. Todavía se habla su idioma por los descendientes de los uiguros, los usbekos. El dialecto mas perfecto y mas puro del idioma turco antiguo es tambien el mas antiguo del grupo seldyuco, que poco á poco se trasformó en el osmanli y despues en el turco moderno.

Los hoehhes orientales fueron sometidos en parte por los chinos en 780, y en parte por los kirguizos en 840, mientras los hoehhes occidentales ocupaban en el siglo IX, todavía independientes, un territorio en la cuenca del Yaxartes al pié del Aral á orillas del Mar Caspio hasta el Oxo. En Europa se han conocido siempre bajo el nombre de turcomanos, de cuya tribu oghusa se separó en el siglo X la rama seldyuca y se estableció en el país de Bokhara conducida por su jefe Seldyuk, pariente de los khanes oghusos.

Estos fueron los turcos con los cuales el califa El-Motasem reforzó considerablemente su ejército y de que formó en particular sus regimientos de guardia. Su número, su habilidad en el manejo del arco y su fuerza decidieron, cerca de Dasimon y despues de un combate encarnizado, la derrota de las fuerzas bizantinas, mandadas por el emperador Teófilo en persona. Por consecuencia de esta derrota las huestes musulmanas mandadas por Afchin, y reforzadas por un nuevo ejército que llevó el mismo califa, avanzaron sobre la plaza de Amoria, el baluarte principal de los bizantinos en el Asia y residencia del capitán general, que entonces era Aecio. Este defendió la plaza con valor admirable y buen éxito, pero el 23 de setiembre de 838, á los 55 dias de sitio, el califa pudo entrar en ella á traicion y se vengó ferozmente de la caída de Zapetra, su ciudad natal, de las atrocidades que allí habia cometido dos años antes el emperador Teófilo y de la pérdida de 70,000 hombres que habia sufrido su ejér-

cito. Sus soldados pasaron á cuchillo á 30,000 personas; el resto de la poblacion fué reducido á la esclavitud, y la plaza, patria de la familia imperial, fué arrasada.

Esta victoria y la espantosa venganza que tomó fué todo lo que el califa sacó de la guerra, porque las fuerzas bizantinas se defendieron con tanto valor y tenacidad, eran tan imponentes y estaban tan bien dirigidas, que el sanguinario abasida no se atrevió á avanzar mas al Oeste. Así continuó la guerra en el valle del Eufrates de una manera lánguida, y mas en ventaja de los bizantinos que de los árabes.

No obstante tan grandes y costosísimas guerras en Asia y Sicilia, y á pesar de la pérdida de Amoria, de toda la isla de Creta y de la mitad de Sicilia, el imperio bizantino prosperó notablemente bajo el régimen hábil é inteligente de Teófilo; el bienestar de la poblacion creció de un modo visible; el comercio y las industrias florecieron y se aumentaron de un modo asombroso, y el tesoro imperial estaba siempre repleto para hacer frente á los gastos inmensos de las guerras. Esto demuestra los grandes é inagotables recursos de aquel imperio, recursos que solo esperaban ser explotados y dirigidos por una mano hábil y enérgica para poner al país en estado de resistir con éxito y en una larga serie de siglos á innumerables enemigos.

El emperador Teófilo, fastuoso y amante de las artes como era, contribuyó personalmente al desarrollo del movimiento industrial, artístico y mercantil; dió nuevo lustre á las grandes diversiones públicas, protegió la música y sobre todo la arquitectura ostentosa: reforzó notablemente las ya colosales murallas de la ciudad y al mismo tiempo levantó edificios monumentales y suntuosos, como el célebre palacio de verano en la orilla asiática del Bósforo, por los planos del palacio de los califas de Bagdad. En todas estas obras auxiliaron al emperador el patriarca Juan y el amigo de este, Leon, nombrado por Teófilo arzobispo de Salónica y célebre como arquitecto, matemático y astrónomo, el cual organizó una comunicacion telegráfica muy complicada, por medio de fogatas, entre la capital, ó mejor dicho el palacio imperial y la frontera de Cilicia.

En el ramo de beneficencia fundó el gran hospital imperial que hasta los postreros momentos del imperio fué uno de los establecimientos mas generosos y notables de Constantinopla.

Teófilo y sus nobles auxiliares hicieron renacer en el imperio bajo su reinado el tiempo feliz en que el gobierno se interesó por el cultivo y fomento de las ciencias y de la instruccion. Hasta entonces no habia regido un plan unido y fijo de estudios, principalmente por las influencias variables de la cuestion del culto de las imágenes. No habian faltado grandes talentos en ambos partidos, segun ya hemos visto, como el fanático monje iconódulo Teodoro Estudita, cuyas teorías sobre el poder y la independencia de la Iglesia tendian ya directamente á la creacion de un pontificado superior á todos los poderes de la tierra. Jorge Sincelo, que murió en el año 800, escribió una crónica ó historia universal basada en estudios positivos, desde Adan hasta el emperador Diocleciano. Su amigo el abad Teófano, que como iconódulo revolucionario murió desterrado en Samotracia en 817, añadió á esta obra el período desde 285 hasta 813, y es considerado, no obstante su parcialidad pronunciada en favor de los iconódulos, como el historiador mas instructivo y animado del período en que vivió y del inmediato que le precedió. Su contemporáneo, el patriarca Nicéforo, repetidas veces mencionado en esta historia y que murió en 828, describió el período desde el año 602 hasta 770, trabajo de mérito porque no se dejó cegar por sus preocupaciones de partido. En la misma época figuró tambien en las letras una poetisa religiosa, la monja Icasia, jóven griega.